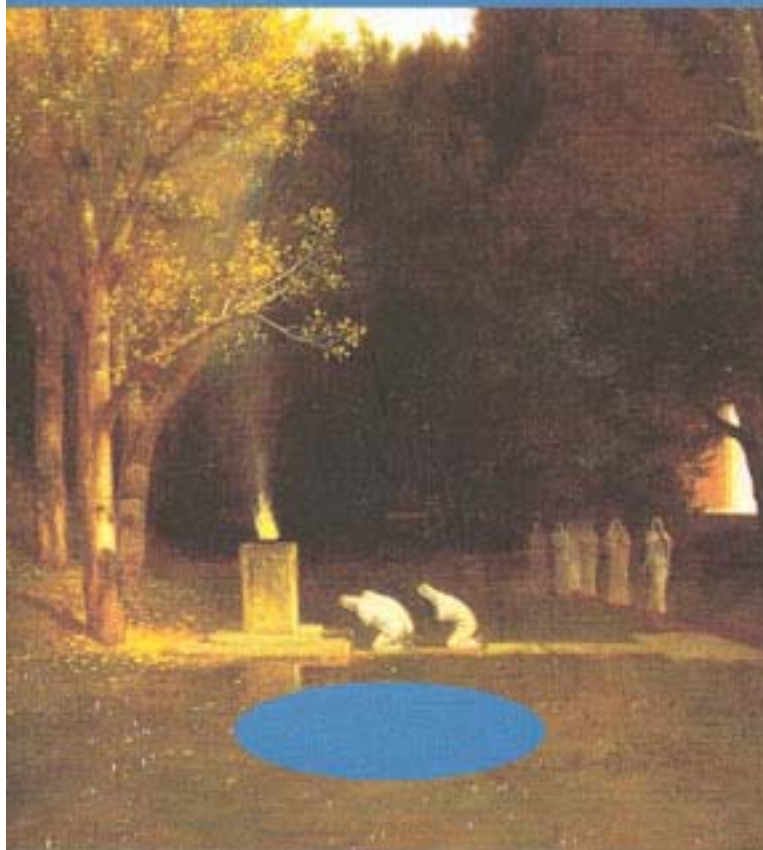


HENRY JAMES

El altar de los muertos



Digitalizado por **LIBRO** dot.com
<http://www.librodot.com>

Henry James

EL ALTAR DE LOS MUERTOS

1

Sentía el pobre Stransom un desagrado mortal hacia los pequeños aniversarios, y aún le desagradaban más cuando tenían pretensiones aparatosas. Las celebraciones y las simulaciones le eran penosas por igual, y sólo una de aquéllas encontró un hueco en su vida. A su manera, un año tras otro, él había guardado la fecha de la muerte de Mary Antrim. Tal vez resultaría más exacto decir que aquella fecha lo había guardado *a él*; por lo menos lo había guardado, a rajatabla, de hacer otra cosa. Se apoderó de él una vez y otra con una mano cuyo aferramiento el tiempo había conseguido suavizar, pero no anular. Se acicalaba para esta conmemoración de forma casi tan esmerada como se habría acicalado para la mañana de su boda. El matrimonio había tenido, desde hacía mucho, muy poco que ver al respecto: para la muchacha que iba a haber sido su desposada no hubo jamás abrazo nupcial. Había muerto de fiebre maligna después de señalado el día del casamiento, y él había perdido, antes de haberlo gustado con plenitud, un cariño que había prometido llenar su vida hasta los bordes.

Habría resultado inexacto, así y todo, decir que su vida podía ser enteramente despojada de aquella buenaventura: todavía la regía un fantasma pálido, todavía la gobernaba una presencia soberana. No había sido hombre de numerosas pasiones, y pese a los muchos años transcurridos, ningún sentimiento se había hecho más poderoso en él que el de encontrarse de duelo. No había necesitado ni sacerdote ni altar que lo legitimasen como viudo para siempre. Muchas cosas había hecho en su existencia; las había hecho prácticamente todas, menos una: jamás, jamás había olvidado. Había procurado meter dentro de su vida todo cuanto podía tener habitación en ella, pero había fracasado a la hora de hacer de la misma algo más que una casa cuya señora se hallaba ausente eternamente. Y cuando más ausente la sentía era en aquel día pertinaz de diciembre que su constancia había terminado por dotar de un carácter de singularidad. No tenía ningún propósito predeterminado de conmemorarlo, pero sus nervios siempre lo hacían completamente suyo. Ineludiblemente lo arrastraban adelante sin tregua, pues el destino de su peregrinación era distante. Ella había sido enterrada en un suburbio de Londres, que por entonces había sido una parte del corazón de la naturaleza, pero al cual él había ido viendo perder uno tras otro todos sus rasgos de frescor. En realidad, los momentos en que menos veían sus ojos el lugar eran cuando estaba allí en persona. Miraban a otra imagen, se abrían a otra luz. ¿Miraban a un futuro probable? ¿Miraban a un pasado imposible? Independientemente de cuál fuese la contestación, la suya era una evasión inmensa de lo presente.

Cierto es que, aunque para él no había otras fechas que ésta, sí había otros recuerdos; y para cuando George Stransom tuvo cincuenta y cinco años, los recuerdos de esa índole se habían multiplicado en gran manera. En su vida había otros fantasmas, aparte el de Mary Antrim. Es posible que él no hubiese padecido más pérdidas que la mayoría de los hombres, pero había recontado más sus pérdidas; no había visto más de cerca a la muerte, pero la había sentido, en cierto modo, más hondamente. Poco a poco había adquirido el

hábito de enumerar sus Muertos: desde muy temprano en su vida se le había ocurrido que uno tiene que hacer algo por ellos. Estaban presentes en su esencia intensificada y simplificada, en su ausencia perceptible y en su paciencia expresiva, estaban presentes de un modo tan palpable como si lo único que les hubiese sucedido fuese que se hubiesen quedado mudos. Cuando se disipaba toda impresión de sentirlos y cesaba todo ruido de ellos, no parecía sino que su purgatorio se encontrase realmente en la tierra; era tan poco lo que pedían, que obtenían, pobrecillos, aún menos, y volvían a morir -se morían todos los días- por el duro trato que la vida les dispensaba. No les tenían organizado un servicio, no tenían lugar reservado, ningún honor, cobijo ni seguridad. Hasta las gentes menos generosas proveían para los vivos, pero ni tan siquiera aquéllos que eran considerados generosísimos hacían nada por los Otros. Por eso, pues, en George Stransom había ido fortaleciéndose con los años la premeditación de que por lo menos él mismo sí haría algo, vale decir, lo haría por los suyos, llevando a cabo esta gran caridad irreprochablemente. Cada hombre tenía los suyos, y cada hombre disponía, para cumplir con esta caridad, de los amplios recursos del alma.

Indudablemente era la voz de Mary Antrim la que mejor hablaba en nombre de los Muertos de él; comoquiera que fuese, a medida que los años fueron pasando, él se encontró en comunión normal con aquellos compañeros pospuestos, con aquéllos a quienes llamaba siempre en su fuero interno los Otros. Él les reservaba los momentos, él organizaba la caridad. Probablemente, jamás habría sabido decir cómo había surgido aquello, mas lo que en verdad había surgido era un altar, que se había formado en sus espacios espirituales, tal que estaba al alcance de cualquiera, iluminado con cirios perpetuos y consagrado a aquellos ceremoniales secretos. Antiguamente, él se había preguntado, con cierta gravedad, si tenía religión... pues estaba muy seguro, y no poco satisfecho, de que al menos no tenía la religión que ciertas personas a quienes había conocido querían que tuviese. Para él fue allanándose gradualmente esa duda: fue comprendiendo con claridad que la religión imbuida por sus sentimientos esenciales era simplemente la religión de los Muertos. Ella convenía a sus inclinaciones, satisfacía a su espíritu, daba a su piedad ocasión de emplearse. Respondía a su amor por los grandes oficios, por los rituales solemnes y espléndidos, pues no había sagrario que pudiese estar mejor engalanado, ni rito más majestuoso, que aquéllos a los cuales estaba unida su adoración. El no tenía ninguna filosofía acerca de todo esto, salvo que eran cosas accesibles a cualquiera que sintiese la necesidad de las mismas. Hasta los más pobres podían edificar tales templos espirituales: podían hacer que brillasen con velas y humeasen con incienso, podían adornarlos de cuadros y de flores. Usando una frase común, el coste de mantenerlos era totalmente sufragado por el corazón generoso.

2

Aquel año, casualmente en la víspera de su aniversario peculiar, recibió una conmoción que estuvo no poco relacionada con esa vertiente de los sentimientos. Al ir caminando hacia su casa después de un día atareado, lo detuvo en la calle de Londres el efecto llamativo que producía el escaparate de una tienda que alumbraba con su mercenaria sonrisa la oscura atmósfera tediosa, y ante el cual había paradas varias personas. Era el escaparate de un joyero cuyos brillantes y zafiros parecían reír, en destellos cual altas notas de sonido, con el simple júbilo de ser conscientes de “valer” mucho más que la

mayor parte de los viandantes lamentables que los contemplaban anhelosos desde el lado exterior del ventanal. Stransom se detuvo allí lo bastante para suspender del hermoso cuello de Mary Antrim un collar de perlas, y luego se quedó un instante más, retenido por haber oído una voz que le resultaba familiar. A su lado había una mujer anciana que mascaba, y al otro lado de la anciana un caballero que llevaba del brazo a una dama. La voz procedía de éste, de Paul Creston, quien le hablaba a la dama sobre algún objeto precioso que había en el escaparate. Justo cuando Stransom lo reconoció, la vieja que tenía a su lado se alejó de allí; pero exactamente al presentársele tal oportunidad lo arremetió una sensación desconcertante que contuvo su mano en el momento en que iba a tocar el brazo de su amigo. Duró sólo unos segundos, mas fueron unos segundos que bastaron para que cruzase por su cerebro una pregunta perpleja: ¿No estaba la señora Creston *muerta*? La perplejidad lo había invadido en el breve lapso de oír la voz del marido de ésta utilizando un tono tan conyugal como el que más, y de ver cómo la pareja se apoyaba el uno en el otro. Creston, dando un paso para ver mejor algo, se aproximó, lo miró a él y se llevó una sorpresa, pasando a saludarlo con jovialidad: hecho éste cuyo efecto, al pronto, no fue sino dejar a Stransom mirando pasmado simplemente, mirando hacia el pasado, al través de meses, a otro semblante distinto, a otro semblante completamente distinto, del que el pobre hombre acababa de mostrarle: a la borrosa máscara estragada inclinada sobre una tumba abierta junto a la cual habían estado ambos. Ahora aquel hijo de la aflicción no estaba de luto: separó la mano de la de su acompañadora para estrechar la del viejo amigo. Se arreboló y sonrió en la fuerte luz de la tienda, en tanto Stransom levantaba dubitativamente el sombrero ante la dama. Stransom tuvo el tiempo justo de ver que era guapa antes de quedar boquiabierto ante otro hecho más siniestro: su amigo le dijo “Mi querido amigo, permíteme que te presente a mi esposa”.

Creston se había ruborizado balbuceando al decirlo, pero en cuestión de medio minuto, gracias al ritmo que imprimen en sus relaciones los miembros de la buena sociedad, aquello había pasado virtualmente a mutarse, para Stransom, en el mero recuerdo de una impresión desagradable. Permanecieron allí y rieron y charlaron; Stransom había alejado instantáneamente de sí aquella impresión, guardándosela para su posterior consumo en privado. Tuvo la sensación de estar haciendo muecas, se escuchó a sí propio exagerar las fórmulas de cortesía, mas era consciente de hacerlo con cierta consternación. Aquella mujer, aquella comedianta alquilada, ¿podía ser la señora Creston? Para él la señora Creston había permanecido más viva que cualquier mujer, a excepción de una. Esta esposa de ahora tenía una cara que resplandecía tan públicamente como el escaparate del joyero, y la satisfecha despreocupación con que ostentaba su monstruosa personalidad daba una impresión de inmodestia torpe. La personalidad de la esposa de Paul Creston resultaba monstruosa por razones que Stransom estaba en condiciones de pensar que su amigo sabía perfectamente que él conocía. La feliz pareja acababa de regresar de Estados Unidos, aunque Stransom no habría tenido ninguna necesidad de que se lo dijese para adivinar la nacionalidad de la dama. En cierto modo, ahondó más ese aire de estupidez que la azorada cordialidad de su amigo fue incapaz de ocultar. Stransom recordaba haber oído decir que el pobre Creston había cruzado el océano, estando aún reciente su viudedad, en pos de lo que las personas en tales trances suelen denominar un pequeño cambio. Y de hecho había encontrado el pequeño cambio, y había regresado con el mismo; era ese pequeño cambio lo que tenía delante y que Stransom, por mucho que lo

intentase, no podía dejar de mirar de arriba a abajo y de abajo a arriba en forma igual a la de un asno concienzudo, a la par que mostraba sus grandes dientes incisivos superiores. Ellos iban a entrar en la tienda, declaró la señora Creston, y solicitó del señor Stransom que los acompañase y los ayudase a decidir. Éste le dio las gracias, pero abrió su reloj y alegó una cita para la cual ya llegaba tarde, conque se separaron mientras ella le gritaba desde dentro de la niebla:

-¡Y no se olvide usted de venir a visitarme cuanto antes!

Creston había tenido la delicadeza de no sugerirle semejante cosa, y Stransom confió en que a su amigo le doliera en alguna parte oír cómo ella lanzaba su invitación a todos los ecos.

Tomó la resolución, mientras se alejaba caminando, de no acercarse a ella en la vida. Ella era quizá un ser humano, pero Creston no habría debido exhibirla por ahí sin precauciones, de hecho no habría debido exhibirla en modo alguno. Las precauciones que habría debido tomar eran las de un falsificador o un asesino, y así el pueblo inglés no habría tenido que pensar jamás en extradiciones. Aquella era una esposa para servicio extranjero o puramente para uso externo; un poco de reflexión prudente le habría ahorrado el desmedro de tener que ser sometida a comparaciones. Tales fueron las primeras meditaciones de la indignación de George Stransom; pero un poco más tarde, aquella noche, estando sentado solo -tenía ciertas horas que pasaba solo-, perdió su acritud y le quedó únicamente la pena. *Él* sí podía consagrarle una velada a Kate Creston, ya que el hombre a quien ésta había dado todo no podía. Él la había tratado durante veinte años, y fue ella la única mujer por la cual quizás habría sido infiel. Era toda sabiduría y simpatía y encanto; su hogar le había parecido el más acogedor del mundo y su amistad la más firme. Sin reticencias, él la había amado; sin reticencias, todos la habían amado: ella había levantado a su alrededor las pasiones tal como la luna levanta las mareas. Desde luego había sido demasiado buena para su marido, cosa que éste no sospechó jamás, y en nada se había mostrado ella tan admirable como en el arte exquisito con que trató de que nadie lo averiguase (el mantener al propio Creston en la ignorancia no era problema). Era éste un hombre a quien ella había consagrado su vida y por quien la había dado, muriendo al traer al mundo un hijo suyo; y ella no había tenido más que morir para sufrir el destino, antes de que encima de su sepultura hubiera brotado la hierba, de no existir para él más que una criada que él hubiese sustituido. Lo frívolo, lo indecente del caso, hizo que los ojos de Stransom desbordaran de lágrimas; y aquella noche tuvo la firme, casi pletórica sensación de que, en un mundo sin lealtad, él mismo era la única persona con derecho a mantener bien erguida la cabeza. Después de cenar, mientras fumaba, tenía sobre el regazo un libro, pero lo que no tenía era atención para leerlo; en el torbellino de las cosas, sus ojos parecían haber captado los de Kate Creston, y contemplaban sus tristes silencios. Hacia él se había vuelto el sentiente espíritu de ella, sabiendo que él estaría pensando en ella. Él reflexionó, durante largo rato, acerca de cómo los cerrados ojos de las mujeres muertas podían seguir viviendo; acerca de cómo podían abrirse de nuevo, dentro de un apacible cuarto iluminado por una lámpara, mucho después de haber mirado por vez última. Tenían miradas que sobrevivían, tal como los grandes poetas tienen los versos que suelen citarse.

Junto a su asiento estaba el periódico, vale decir, el objeto que llegaba cada tarde y que la servidumbre juzgaba que le era imprescindible; lo había desdoblado maquinalmente y luego lo había dejado caer, sin tener conciencia para lo que en él venía. Antes de acos-

tarse volvió a tomarlo; esta vez fue atraído por la media decena de palabras de que constaba la cabecera de un artículo y que lo hicieron dar un respingo. Permaneció junto a la chimenea mirando fijamente dichas palabras: “Defunción de Sir Acton Hague, K. C. B.”¹ Aquel hombre había sido, hacía diez años, su amigo del alma y fue depuesto de esta eminencia dejándola virtualmente sin nadie que la ocupase. Se había visto con él alguna vez después de su ruptura, pero en este preciso momento llevaba varios años sin encontrárselo. Se quedó mortalmente frío, pese a estar allí delante del fuego, leyendo lo que le había ocurrido. Acton Hague, que en los últimos tiempos había sido ascendido al gobierno de las Islas de Barlovento, había muerto, en el árido honor de esta expatriación, debido a una enfermedad que había seguido a la picadura de un ofidio venenoso. El periódico sintetizaba su carrera en doce renglones, cuya lectura no despertó en George Stransom un sentimiento más cálido que el de alivio ante la ausencia de toda mención relativa a su querella, incidente éste que, cuando se produjo, fue desdichadamente emponzoñado con una intolerable publicidad, por estar ambos metidos juntos en asuntos de primera magnitud. De hecho había sido pública, a su propio modo de ver, la ofensa que Stransom había sufrido, el insulto que inmerecidamente había recibido del único hombre con quien había sido íntimo (el amigo, casi adorado, de sus años universitarios, el destinatario, más adelante, de su lealtad apasionada); tan pública, que no había hablado sobre la misma a criatura humana; tan pública, que la había soslayado por completo. Para él había cambiado las cosas en el sentido de aniquilar su fe en la amistad íntima, si bien no las había cambiado en ningún otro. El conflicto de intereses había sido privado, intensamente privado; pero la afrenta perpetrada por Hague había estado a la vista de todos. Hoy pareció que todo aquello había tenido lugar exclusivamente con objeto de que George Stransom pensase en él como “Hague” y para que midiese con exactitud hasta qué punto podía él mismo parecerse a una piedra. Se acostó frío, impensada y horriblemente frío.

3

Al día siguiente, por la noche, en el gran suburbio gris, se dio cuenta de que su largo paseo lo había fatigado. Solitario, en el melancólico cementerio, había estado de pie una hora. Al regresar había tomado, inconscientemente, un camino tortuoso; era todo un desierto por donde ningún cochero circulaba buscando presa posible. Se detuvo en una esquina y midió la soledad; después sacó en consecuencia, por la desolación circundante, que se encontraba en uno de los tramos de Londres que resultaban menos lóbregos de noche que de día, debido al civil donativo de la iluminación. De día, allí no había nada, pero de noche estaban los faroles, y George Stransom se hallaba de un humor que hacía a los faroles buenos en sí mismos. No era que con ellos viese nada; tan sólo era que ardían con claridad. Para su sorpresa, empero, al cabo de un rato, sí vio que le mostraban algo: el arco de un ancho pórtico al cual se ascendía mediante una breve escalinata, al fondo del cual -formaba un oscuro vestíbulo- el alzar de una cortina en el momento en que él estaba mirando, le concedió un atisbo de una avenida de tinieblas con un resplandor de

¹ *Knight Commander of the Bath* = Comendador de la Orden del Baño. Esta orden de caballería británica fue instituida en 1603 y su denominación proviene de la ceremonia del baño que integraba el protocolo de admisión. (*N. del T*)

cirios al fondo. Se entregó a mirar con mayor detenimiento y discernió que se trataba de una iglesia. Con rapidez lo acometió la idea de que puesto que estaba cansado podía descansar allí adentro; conque al cabo de un instante ya había empujado la cortina guarnecida de cuero y entrado. Era un templo de la vieja fe, donde patentemente acababa de celebrarse alguna ceremonia, a lo mejor un oficio de difuntos: el altar mayor se hallaba aún glorioso de velas encendidas. Era éste un espectáculo que siempre le agradaba, y se dejó caer en un banco con satisfacción. Le pareció, como no se lo había parecido jamás, que era bueno que hubiese iglesias.

Esta se hallaba casi vacía y sus demás altares estaban apagados; un sacristán iba y venía arrastrando los pies, una vieja carraspeaba, pero a Stransom se le antojó que había hospitalidad en la dulce atmósfera espesa. ¿Era únicamente el aroma del incienso o era algo más categórico y penetrante? Comoquiera que fuese, él ya había salido del gran suburbio gris y se hallaba más cerca de la acogedora zona céntrica. Enseguida cesó de sentirse allí como un intruso; por último conquistó incluso una sensación de comunidad con la única adoradora que tenía cerca, con la sombría silueta de una mujer, de luto riguroso, cuya espalda era lo único que veía él desde su sitio y que se había sumido profundamente en plegarias a corta distancia suya. Deseó poder hundirse, como ella, hasta lo más hondo, y permanecer igual de inmóvil, igual de absorto en su postración. Tras unos instantes cambió de banco: resultaba casi una indelicadeza prestarle tanta atención a ella. Mas, a continuación, Stransom se dejó perderse en sus meditaciones, flotando lejos en el mar de luz. Si ocasiones como aquélla hubiesen sido más abundantes en su vida, habría tenido más presente el gran prototipo original, erigido en miríadas de templos, del altar inaproximable que él había erigido en su alma. Dicho altar había principiado como una reverberación de las pompas de las iglesias, pero el eco había acabado por ser más nítido que el sonido originario. Ahora el sonido originario recobraba fuerza, el prototipo mismo le brillaba con todos sus fuegos y con un misterio de luminosidad en el cual podían resplandecer infinitos significados. Mientras estaba allí sentado, la cosa se convirtió en su altar idóneo y cada vela encendida en un idóneo símbolo. Contó las velas, fue dándoles un nombre, las agrupó mentalmente: representaban el silencioso desfile de sus Muertos. Todos ellos juntos formaban una luminosidad intensa e inmensa, una luminosidad en comparación con la cual la minúscula capilla de su fuero interno empequeñeció hasta hacérsele tan imperceptible que, cuando se le volatilizó finalmente, Stransom se preguntó si no hallaría su bienestar genuino en realizar algún acto material de adoración exterior.

Esta idea se apoderó de él mientras, a cierta distancia, seguía postrada la dama de luto; se emocionó sosegadamente con su propia ocurrencia, que acabó haciéndolo ponerse en pie con el súbito entusiasmo de un designio. Recorrió cuidadosamente el espacioso templo, examinando las diversas capillas, consagradas todas ellas, menos una, a devociones concretas. Y fue en la que carecía de destino y de lámpara donde permaneció más tiempo: el lapso de tiempo que tardó en pergeñar cabalmente su propósito de adornarla con su bondad. No planeó excluirla de otros ritos ni asociarla con nada profano; se limitaría a tomarla tal como se la cedieren para convertirla en una obra maestra de esplendor y en una montaña de fuego. Cuidada durante todo el año con un sentido sacro, y rodeada de la santificadora iglesia, estaría dispuesta siempre para sus oficios. Había dificultades, pero desde el principio se le aparecieron como cosas superables. Aun para una persona tan escasamente acólita como él, aquel asunto sería tan sólo cuestión de

negociaciones. Lo vio todo por adelantado, vio en particular el refugio de claridad que aquel lugar se tornaría para él en las treguas de su trabajo y en la oscuridad de los atardeceres: con una rica seguridad en todo momento, pero de modo especial en contraste con el indiferente mundo. Antes de partir determinó acercarse de nuevo al banco donde se había sentado inicialmente, y mientras se dirigía hacia el mismo se topó con la dama a quien había visto orando y que ahora iba camino de la puerta. A paso presuroso se cruzó ella con él, quien pudo echar nada más que una rápida ojeada a su pálida faz y a sus ojos abstraídos, casi se habría dicho que ciegos. Durante aquel fugaz instante, ella le pareció frágil y bella.

Tal fue el origen de los ritos un tanto más públicos, aunque de cierto aún esotéricos, que él pudo establecer finalmente. Tardó mucho tiempo, tardó un año, y lo mismo su tramitación que su resultado habrían constituido -para quien hubiese tenido noticia- una vívida ilustración de su buena fe. A decir verdad, nadie tuvo noticia: nadie fuera de los benignos eclesiásticos con quienes prontamente había trabado relación, cuyas objeciones había logrado rebatir con suavidad, cuya curiosidad y simpatía había dejado encantadas mañosamente, cuyo interés hacia su excéntrica munificencia había conquistado, y que habían requerido concesiones a cambio de conformidad. Ya desde la primera etapa de su solicitud, Stransom había sido lógicamente remitido al obispo, y el obispo se había mostrado deliciosamente humano; el obispo había llegado casi a sentirse divertido. El éxito estaba a la vista, en cualquier caso, desde el momento en que la actitud de aquéllos a quienes competía se había mostrado liberal en respuesta a la liberalidad. El altar y la sagrada caparazón que casi lo envolvía, consagrados a un culto ostensible y normal, serían mantenidos con esplendidez; lo único que Stransom se arrogaba era el número de sus luces y el libre disfrute de su intención. Cuando esta intención se vio completamente realizada, el disfrute resultó mayor aún de lo que se había atrevido a esperar. Le gustaba pensar en aquel efecto cuando se hallaba lejos, y le gustaba convencerse otra vez del mismo cuando se hallaba cerca. De hecho, no estaba tan cerca y con tanta frecuencia que una visita al mismo no tuviese forzosamente algo de la paciencia de una peregrinación; pero el tiempo que le dedicaba a su devoción llegó a antojársele más una contribución a sus restantes intereses que una traición a ellos. Incluso una vida atareada podía resultar más llevadera si se le agregaba una necesidad novedosa.

Cuánto más llevadera resultaba, posiblemente jamás lo barruntasen aquéllos que estaban simplemente enterados de que había ratos en que él desaparecía y para muchos de los cuales ocasionaba aquello una interpretación vulgar de lo que acostumbraban denominar sus zambullidas. Estas zambullidas eran a profundidades más tranquilas que las de las hondas cavernas marinas, y tal costumbre, al cabo de uno o dos años, se le había convertido en algo que le habría costado muchísimo abandonar. Ahora sí que sus Muertos tenían algo inalienablemente propio; y le gustaba pensar que a veces quizá recibieran incluso las oraciones de otras personas, así como también se podría invocar a los Muertos de otras personas bajo los auspicios de lo que él había montado. Se le antojaba que cualquiera que hacía una genuflexión sobre la alfombra que él había colocado, obraba acorde con el espíritu de su intención. Para él cada una de sus luces tenía un nombre, y de tiempo en tiempo se encendía una nueva luz. Ése era el acuerdo fundamental a que había llegado: que siempre habría espacio para otras. Todo cuanto veían quienes cruzaban por allí, o los que se detenían, era el más resplandeciente de los altares despertado inopinadamente a un vívido funcionamiento, con un apacible hombre maduro, para quien tenía

un patente hechizo, numerosas veces sentado allí en admiración o en ensoñación; pero la mitad de la fascinación que aquel lugar tenía para aquel satisfecho y misterioso feligrés era que encontraba allí los años de su vida, y los vínculos, afectos, luchas, sumisiones, conquistas, si las había habido, un registro del azaroso trayecto cuyas inscriptas piedras miliarias son los inicios y los finales de relaciones humanas. En general, el pasado le gustaba muy poco como parte de su propia historia; su propia historia en otros tiempos y otros lugares le parecía preponderantemente lamentable para meditar sobre ella, e imposible de reparar; pero allí la aceptaba con algo de ese sincero agrado con que uno se ajusta a un dolor que empieza a sucumbir ante el tratamiento. En un momento dado la enfermedad de la vida empieza a sucumbir al tratamiento del tiempo; y sin duda eran aquéllas las horas en que él caía más en la cuenta de esta verdad. Allí estaba inscripto para él el día en que por vez primera se había familiarizado con la muerte, y las fases ulteriores de ese conocimiento estaban señaladas cada una con una llama.

Las llamas iban haciéndose abundantes, pues Stransom había entrado ya por ese oscuro desfiladero de nuestra decadencia terrenal en que cada día muere alguien. Ayer mismo, como quien dice, Kate Creston había encendido su correspondiente blanca llama... y, sin embargo, ya había estrellas más recientes ardiendo en la punta de las velas. Distintas personas en las cuales no había sido intenso su interés, se acercaron más a él ingresando en esta compañía. Él la repasó, cabeza a cabeza, hasta sentirse algo así como el pastor de un congregado rebaño, con una visión, propia de todo un pastor, de las diferencias imperceptibles. Conocía una por una sus velas, hasta en el matiz de la llama, y las habría conocido aunque todas hubiesen cambiado sus respectivas ubicaciones. Para otras imaginaciones, ellas podían representar otras cosas: todo cuanto él exigía era que representasen algo que fuera dable venerar; pero tenía intensa conciencia de la nota particular que cada una de ellas representaba para él y del modo diferenciado con que cada una contribuía al concierto. Ratos había en que se sorprendía a sí mismo casi deseando que determinados amigos suyos se murieran de una vez, a fin de poder así establecer con ellos una relación más grata de lo que era, en realidad, hacedero tener con ellos en vida. En lo tocante a aquéllos de quienes estaba separado por las largas curvas del globo, semejante nueva relación no podía menos que suponer una mejora: se los ponía inmediatamente al alcance de la mano. Claro está que había omisiones en la constelación, pues Stransom sabía que únicamente podía pretender actuar por sus seres queridos, y no todos sus conocidos que habían fallecido tenían derecho a un recuerdo. En la muerte había una peculiar santificación, pero había personas que resultaban más santificadas olvidándolas que conmemorándolas. El mayor espacio en blanco de la reluciente página era el recuerdo de Acton Hague, del cual él trataba inveteradamente de desembarazarse. Ninguna llama podría jamás arder, en ningún altar suyo, para Acton Hague.

Todos los años marchaba a la iglesia el día en que regresaba del gran cementerio, tal como lo había hecho el día en que nació su idea. Y fue en tal ocasión precisamente, habiendo discurrido ya un año, cuando empezó a observar que su altar era visitado con asiduidad no menor que la suya por otro devoto. Otros fieles y en el resto de la iglesia, iban y venían, y en ocasiones, al desaparecer, dejaban una remembranza nítida o borrosa;

pero esta reiterada presencia era observada por él siempre que llegaba, y seguía allí cuando él se marchaba. Quedó maravillado, ya la primera vez, de la prontitud con que para él cobró determinada identidad: la identidad de la mujer a quien dos años antes, en su aniversario, había visto tan intensamente prosternada, y de *cuyo* trágico rostro había tenido una tan pasajera visión. Dado el tiempo que había transcurrido, era curiosa la precisión de su recuerdo de ella. Naturalmente, ella no había tenido impresión alguna de él, o más bien no había tenido ninguna al principio; mas llegó un momento en que la manera que ella tenía de realizar su acto sugería que gradualmente había adivinado que la llamada que experimentaba él era del mismo orden que la suya propia. Se servía del altar de él para su propia finalidad; él no podía menos que figurarse que, desdichada y solitaria como siempre le había parecido, lo empleaba por sus propios Muertos. Había interrupciones, infidelidades, todas por parte de él, llamadas a otras relaciones y deberes; pero a medida que pasaban los meses, siempre que volvía la encontraba a ella, y acabó por hallar placer en el pensamiento de haberle proporcionado, con el altar, la misma felicidad que se había dado a sí propio. Ambos realizaban sus actos de veneración con tanto menudeo el uno junto al otro, que había momentos en que él habría deseado tener la certidumbre de aquello, tan clara se aparecía la perspectiva de que se harían viejos al mismo tiempo en sus ritos. Ella era más joven que él, pero se habría dicho que sus Muertos eran como mínimo tan numerosos como las velas de Stransom. Ella no tenía color, ni sonido, ni falta, y otra de las cosas sobre las cuales él había formado criterio era que tampoco tenía fortuna. Siempre de luto, con seguridad que había experimentado una sucesión de dolores. Pensándolo bien, no era pobre la gente a la cual podían alcanzar tantas desgracias: eran decididamente ricos cuando tanto habían tenido para dar. Pero, de todos modos, el aire de esta mujer absorta y devota, que tenía siempre, cualquiera que fuese su postura, una hermosa línea natural, llevó a Stransom a la convicción de que había conocido más de una índole de congojas.

Stransom tenía gran amor por la música aunque muy poco tiempo para gozar de la misma; pero en ocasiones, una vez que el trabajo diario se veía suspendido los fines de semana, se acordaba de que en la vida había cosas bellas. También tenía amigos que le recordaban esto y junto a los cuales solía encontrarse sentado durante los conciertos. En una de esas tardes dominicales de invierno, en el St. James's Hall, después de ya sentado, advirtió que la dama a quien veía tantísimas veces en la iglesia se hallaba en el asiento contiguo al suyo y que estaba patentemente sola, cosa que también le ocurría a él en aquella ocasión. Al principio ella se hallaba demasiado concentrada en la lectura del programa para prestarle atención a él, pero cuando por fin lo miró, él aprovechó la oportunidad de su movimiento para hablarle, interpeándola con el comentario de que le parecía haberla visto ya anteriormente. Ella sonrió y dijo: “Oh, sí; lo reconozco a usted”; pese a admitir de esta guisa un largo conocimiento, se trataba de la primera vez que él la veía sonreír. El efecto fue de, súbitamente, contribuir más a aquel conocimiento de lo que lo habían hecho todas las anteriores ocasiones en que habían coincidido. Hasta ahora él no había “caído”, según se dijo a sí propio, en que fuese tan hermosa. Más tarde, aquella noche (mientras rodaba en un cabriolé para cenar fuera de casa), agregó para sus adentros que no había caído tampoco en que ella fuese tan interesante. A la mañana siguiente, en mitad de su trabajo, lo embargó repentina y obstrusivamente la reflexión de que la impresión que de ella tenía, iniciada tanto tiempo atrás, no parecía sino un río serpenteante que al fin hubiese llegado al mar.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

